

Explicación bíblica de las lecturas de todos los domingos y fiestas

Joan Ferrer, biblista

Adviento y Navidad

Del 30 de noviembre de 2025 al 11 de enero de 2026

Ciclo A

Domingo 1 de Adviento / A

1 lectura. Isaías 2,1-5

El Señor reúne a todas las naciones en la paz eterna del reino de Dios.

Isaías siente un amor sin medida por la ciudad de Jerusalén: muchas veces la condena, pero a menudo también nos muestra el papel fundamental que tiene en el futuro de Dios.

Jerusalén en época del Antiguo Testamento estuvo siempre en el punto de mira de los grandes poderes del mundo. En la promesa de Isaías, «pueblos numerosos», incluso los grandes imperios de Egipto y de Siria, «confluirán» hacia Jerusalén; pero el poema no anticipa el triunfo de las clases dirigentes de la ciudad –políticas o religiosas. Sino que lo que es importante es el «templo», lugar de la presencia de Dios. La visión de Isaías es teológica: se encuentra centrada en Dios.

El camino de los pueblos lleva a la «instrucción» –la Torá–, porque en Israel, tener tratos con el Señor requiere conocer su «instrucción». Los pueblos, por tanto, no solo sentirán deleite en

la presencia del Señor, sino también en sus propósitos, de modo que la Torá de Israel se convertirá en el marco donde el bienestar –la felicidad– es posible. Dios será, pues, el juez de las disputas internacionales, de modo que la guerra ya no será necesaria a partir del momento en que todo el mundo renuncie a imponer la justicia por su propia mano.

El poema de Isaías ofrece una visión lírica de una alternativa económica que contempla el desmantelamiento de los instrumentos de hacer la guerra que se convertirán en una «economía de paz». Esto requiere no solamente buenas intenciones, sino medios e inteligencia para hacer otro uso de las posibilidades económicas: hay que producir instrumentos de vida, en este caso dirigidos a la agricultura y a la viticultura. La tierra dejará entonces de ser un campo de batalla para convertirse en un jardín fértil.

2 lectura. Romanos 13,11-14a

Nuestra salvación está cerca.

Las primeras palabras nos hablan de *tiempo*: es el momento de despertar porque «ahora nuestra salvación está más cerca que cuando empezamos a creer». La salvación para Pablo es una realidad dinámica: no se trata de una adquisición que obtengamos por nuestros esfuerzos o por la gracia de Dios, sino que es una realidad personificada, que se acerca. Aquí la *salvación* indica

el conjunto de las acciones de Dios para la humanidad. Nos encontramos ante una realidad *urgente* («el día se echa encima»). Hay una aceleración porque esta *salvación* aparece de forma súbita, porque nadie conoce su calendario de actuación.

A partir de ahí el motivo dualista se hace dominante. La realidad se polari-

za: noche-día, tinieblas-luz, mal comportamiento («comilonas y borracheras...») contrapuesto al de los que se han vestido del Señor Jesucristo.

Pablo no usa el motivo de la proximidad del tiempo último como una amenaza para manipular el comportamiento humano, ni lo presenta como una recompensa por el hecho de haber vivido en la luz. La proximidad del acontecimiento escatológico reclama una urgencia

de vida cristiana. Pablo está convencido de que nuestra forma de vida es un reflejo de nuestras lealtades.

Todo lo que Pablo dice en este fragmento de su carta depende del hecho de tomar conciencia de los «momentos» en los que vivimos. Este es el *tiempo* privilegiado sobre el que hay que reflexionar. Podría ser que no nos hubiésemos apercibido del carácter definitivo de estos momentos.

3lectura. Mateo 24,37-44 Estad en vela para estar preparados.

Las secciones apocalípticas de los evangelios utilizan un lenguaje altamente simbólico. Debemos ser conscientes del estilo literario: estas metáforas no pueden ser interpretadas como vídeos de unos acontecimientos futuros. Ello no significa que podamos interpretarlos simplemente como transmisores de un mensaje esencial, despojado de toda metáfora. Las primeras comunidades cristianas poseían una esperanza muy viva en la obra de Dios, que lleva todo a su cumplimiento.

A nosotros, pues, se nos impone que escuchemos con atención el texto y que dejemos que los símbolos nos evoquen el sentido de urgencia y de expectación ante el futuro de Dios.

El evangelio nos recuerda que la hora del Hijo del hombre es desconocida; esto quiere decir, pues, que no cabe espacio para la especulación. Sería tan solo arrogancia humana.

El evangelio nos dice que no vivamos como espectadores del futuro ni como

especuladores, sino como personas que hemos recibido una promesa y que sabemos que quien nos la ha hecho es una persona en la que podemos confiar.

La promesa no depende de las posibilidades naturales inherentes al presente, de modo que puede parecer poco real según los modelos a los que estamos acostumbrados; pero el evangelio asegura que la venida del Hijo del hombre se producirá como una sorpresa que nadie puede calcular.

Noé, en contraste con la gente de su mundo, ocupada en sus negocios cotidianos, se dedicó a la increíble tarea de construir un arca, siguiendo una palabra de Dios. El dueño no vigilaba y le robaron su casa. Nadie se había dado cuenta de nada.

Nosotros estamos invitados a «estar preparados» y a «estar en vela» porque el Hijo del hombre viene como Señor del cielo y de la tierra.

JOAN FERRER

Inmaculada Concepción

1 lectura. Génesis 3,9-15.20

Establezco hostilidades entre tu estirpe y la de la mujer.

El libro del Génesis comienza con el gran poema de la creación, que no pretende ser una crónica de un hecho que se sitúa en el origen del tiempo – sería impensable para el pensamiento de Israel, porque nadie puede estar filmando o haciendo una crónica de este misterio– sino que es una alabanza a Dios por todo lo que ha hecho, que es bueno. La culminación de la obra creadora es el hombre y la mujer, creados a imagen del Creador. Esta obra merece una alabanza de Dios mismo que dice que su creación «es buena».

Los sabios de la Biblia, sin embargo, se sintieron intrigados por saber cómo el mal, que todos experimentamos en nuestras vidas, había llegado a materializarse en una creación buena. Entonces explican la narración del jardín: un ser creado –una serpiente– que evidentemente no pertenece a la historia, porque los animales no hablan, hace escuchar su palabra, y el hombre y la mujer prefieren escuchar esta voz a la voz del propio Dios. San Agustín denominó este hecho con un término que no aparece en la Biblia: «el pecado original». Fácilmente podemos entender que el pecado es escuchar a otra voz que no es la voz de Dios.

La liturgia de hoy nos propone escuchar la última parte de esta narración. Es fundamental la pregunta inicial de Dios: «¿Dónde estás?». A menudo se ha pensado que es la pregunta del fiscal que se dispone a acusar o del juez a punto para condenar, pero toda la narración nos indica que es la pregunta del Padre que se alarma cuando se da cuenta de que ha perdido el contacto visual con los hijos que ama. El sentido es: si no te veo podría ser que te hubiera pasado algo y esto me hace sufrir porque te amo.

El diálogo que encontramos a continuación es un testimonio de la ruptura de la solidaridad humana. De esta ruptura se derivan la vergüenza y las acusaciones mutuas. La armonía original de la creación se ha roto.

La maldición solamente tiene por objeto la serpiente, que muerde traidoramente el talón del hombre que trabaja la tierra.

El relato acaba con una promesa de vida, porque el Dios creador amoroso es el Señor de la vida.

2 lectura. Romanos 15,4-9

Cristo salva a todos los hombres.

Pablo comienza este fragmento de la parte final de su gran carta a los Romanos con una observación sobre la función de la Sagrada Escritura en la vida cristia-

na: La Escritura es para instruirnos sobre el misterio de Dios que se revela en nuestras vidas para darnos fuerza y consuelo para mantener la esperanza en tiempos

nada fáciles, más o menos como los que ahora nos toca vivir a nosotros.

En la comunidad hay conflictos, pero hay que «estar de acuerdo según Jesucristo» para glorificar a Dios. En el contexto del esfuerzo de Pablo por situar la misión de Jesús en el plan de Dios que incluye a judíos y a gentiles, dice que Cristo es para los judíos, de modo que confirma la promesa de Dios a los pa-

triarcas, y que ha llevado a los restantes pueblos a glorificar a Dios, lo que significa que Cristo es también para los restantes pueblos.

La cita de la Escritura que cierra el fragmento (Salmo 18,50) nos confirma una de las enseñanzas fundamentales de la Palabra de Dios: «Cantaré tu nombre» como un hecho que llena de sentido y de alegría la vida de las personas fieles.

3lectura. Lucas 1,26-38

Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.

El evangelio de la anunciación nos presenta el inicio del cumplimiento del plan de Dios. El Dios que pregunta «¿dónde estás?» anhela estar con las personas que ha creado y realiza lo que solo Dios puede hacer: el niño que nacerá de María será «Hijo de Dios». El plan de Dios se ha ido realizando en el corazón de la historia «del pueblo de Israel» y ahora llega al inicio de la plenitud.

Para que el proyecto de Dios pueda llegar a buen puerto es necesario que una muchacha quiera escuchar la voz de Dios, al contrario de lo que ocurrió en aquel jardín de los inicios. La muchacha es María que escucha y responde: «Aquí está la esclava del Señor». En la Biblia lo que dice María no es una expresión de humildad, sino la decisión

radical de adherirse sin reservas al propio Señor.

Dios no sabía dónde estaban Adán y Eva, pero ahora hace una afirmación colosal: «El Señor está contigo». La Madre del Mesías llevará a la tierra la presencia definitiva de Dios, que transformará toda la humanidad para siempre porque «su reino no tendrá fin».

María inmaculada es signo de la totalidad del amor: del amor de Dios que llega a la plenitud y del amor de una mujer que ha escuchado de verdad la palabra de Dios y la ha acogido como la única fuente de vida. Los tiempos de los orígenes llegan a la plenitud en el tiempo del mesías Jesús, hijo de María.

JOAN FERRER

Domingo 3 de Adviento / A

1 lectura: Isaías 35,1-6a.10 Dios viene en persona y os salvará.

Isaías expresa, con la fuerza incomparable de su poesía, la transformación de la naturaleza y de la historia que se produce por la venida de Dios en la vida de la gente. El profeta nos habla de la transformación de la creación: «se alegrarán el páramo y la estepa»; y de la transformación de la humanidad menguada: «robusteced las rodillas vacilantes»; todo se produce por causa de la venida de Dios, que viene a salvar.

Sin la palabra poderosa de Dios y su presencia todo está perdido y condenado a la muerte; aunque el profeta sabe que la intención de Dios es dar la vida. Su paga es él mismo, «viene en persona, resarcirá y os salvará». La venida de Dios transforma también «a los cobardes de corazón»: todas las personas que se sienten faltadas de coraje y de la capacidad de vivir una vida plena y jubilosa.

Cuando se siente la buena nueva de la venida de Dios, el impacto en las personas discapacitadas es inmediato: ciegos, sordos, cojos y mudos experimentarán la transformación.

Tanto la humanidad como la creación se encuentran necesitadas de rescate; son incapaces de salvarse a sí mismas.

El fragmento del profeta acaba con la descripción de una gran procesión alegre en Jerusalén.

Quando tan a menudo en la Iglesia nos sentimos desanimados, el poema de Isaías que la liturgia de hoy nos ofrece, tiene un sentido muy vivo: una novedad real es posible. El profeta nos invita a huir de nuestra racionalidad habitual y a pensar que Dios hace lo que el mundo piensa que no es posible. El Adviento es esto: camino de «gozo y alegría» porque «pena y aflicción se alejarán».

2 lectura: Santiago 5,7-10 Manteneos firmes, porque la venida del Señor está cerca.

Pablo entendía que la venida del Señor –esto es, la salvación– estaba muy cerca, y esto tenía una enorme incidencia en el presente. Santiago, en cambio, exhorta a la paciencia «hasta la venida del Señor». La imagen que ofrece es la del «labrador», que era la labor de la mayoría de la población en la época de las primeras comunidades cristianas.

La formulación es sorprendente: ¿cómo se puede animar a ser paciente si el Señor ya está a punto de venir? Las imágenes que encontramos en los evangelios nos hablan de la venida del ladrón durante la noche; mientras que aquí, Santiago, nos pone el ejemplo del labrador que espera los ciclos regulares y predecibles de la lluvia en Palesti-

na antes del tiempo de la cosecha. El acento aquí recae en la absoluta confianza que merecen las promesas de Dios, como el labrador que confía en

que Dios enviará la lluvia imprescindible. La paciencia deriva de la certeza de la protección divina.

3lectura: Mateo 11,2-11

¿Eres tú el que ha de venir o tenemos que esperar a otro?

El evangelio empieza diciéndonos que Juan estaba en la cárcel. Solo más avanzado su relato, el evangelista nos hará saber que fue detenido por la maledvolencia de Herodes, que no aceptó la denuncia del profeta Juan que reprochaba la inmoralidad de su relación con Herodías, la mujer de su hermano.

Desde la cárcel, el profeta Juan queda sorprendido al oír «las obras del Mesías». Juan era un hombre que denunciaba los pecados del pueblo con amenazas tremendas. En la cárcel, sin embargo, oye hablar de los hechos de curación y gracia de Jesús. Juan debía esperar que el Mesías ejecutaría el juicio final, porque «ya está el hacha preparada para cortar de raíz los árboles» (Mateo 3,10). ¿Qué clase de Mesías debía ser Jesús, un hombre que hablaba en las sinagogas y anunciaba la buena nueva del Reino que Dios había decidido inaugurar? Jesús, en lugar de «arrojar al fuego» todo árbol que no da buen fruto –como Juan esperaba– cura toda clase de dolencias y enfermedades.

La pregunta de Juan permite que Jesús explique quién es. El Mesías utiliza las palabras del gran profeta Isaías para describir su obra: «el que ha de venir» da vida a los que están faltos de

ella (ciegos, inválidos, leprosos, sordos, muertos y desvalidos). Está bien claro que Juan se debía sentir perplejo ante la obra del Mesías, que era muy distinta de la que él esperaba. Jesús incluso pronuncia una bienaventuranza: ¡Y dichoso el que no se escandalice de mí!». Hay que tener el corazón abierto para aceptar que el plan de Dios sea muy diferente del que nos habíamos imaginado.

La segunda parte del evangelio de hoy cambia de tema. Ahora es Jesús quien expresa sus opiniones sobre Juan. La multitud se sentía entusiasmada por ir a escucharlo en el desierto. Juan, ciertamente, es un profeta, aunque también mucho más que un profeta: él cumple una misión especial como mensajero que prepara el camino del Mesías. Jesús le dedica un elogio especial: es el más grande de los nacidos de mujer: pero el tiempo de la realización del plan de Dios –la instauración del Reino del cielo por obra de Jesús– hace que todos los que participan de él sean más grandes que Juan.

Juan apuntaba a la plenitud; con Jesús la plenitud pasa a ser un hecho decisivo, que conmociona la historia.

JOAN FERRER

Domingo 4 de Adviento / A

1 lectura: Isaías 7,10-14 Mirad: la virgen está encinta.

El rey de Judá, Acáz, teme a los dos reyes vecinos del norte (Siria e Israel). El profeta le ha advertido que solo la fe lo podrá salvar de la aparente amenaza. Isaías está convencido de que solo la fe en el Señor puede salvar, incluso en una grave crisis política. Aquí el profeta desafia al rey y le invita a pedir una señal que sirva para probar si dice la verdad de Dios. El rey rechaza hacer ninguna petición. En apariencia se trata de un acto de piedad: «No pongáis a prueba al Señor vuestro Dios» (Deuteronomio 6,16). En realidad, sin embargo, el rey rechaza entrar en un diálogo en el que la fe es una posibilidad profundamente seria, que le obligaría a cambiar su política en la crisis en la que está inmerso. El rey no quiere someter su política a la exigencia de la fe que le presenta el profeta Isaías.

El profeta, a pesar del rechazo del rey, anuncia una señal. Se trata de una cosa

tan humana como que una virgen tendrá un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que significa «Dios-con-nosotros». Dios no abandona a la gente fiel de su pueblo, pese a que los días que vendrán en la escena política de la historia serán muy malos. Los dos reyezuelos que ahora preocupan al rey de la casa de David en Jerusalén desaparecerán, porque el poder pasará a manos del imperio asirio, que no tendrá piedad con nadie.

La lección es poderosísima: Dios actúa simultáneamente en diferentes ámbitos. Un niño es la señal que permite ver que, más allá de la aparatosa presencia de los grandes poderes en la escena pública, el plan de Dios y su presencia en la historia siguen siendo manifiestos, porque cuando «Dios está con nosotros» todo cobra un sentido nuevo y la realidad se transfigura.

2 lectura: Romanos 1,1-7 Jesucristo, de la estirpe de David, Hijo de Dios.

Pablo, en este fragmento de su carta a los cristianos de Roma, hace referencia al hecho de que Jesús, el Señor, nació «según la carne, de la estirpe de David». El texto es el encabezamiento de la carta, y Pablo, que no ha estado en Roma, se ha de presentar a sí mismo y al Evangelio que proclama. Pablo dice que es un «siervo» o «esclavo» de Jesús, que ha sido escogido por Dios; él

mismo no ha elegido la tarea a la que se dedica con pasión.

Seguidamente anuncia que Dios es fiel a las promesas hechas en las Escrituras que tratan de un «Evangelio de Dios». Este «Evangelio» es Jesucristo que, según el linaje humano —es decir, «según la carne»— es descendiente de David, aunque «según el Espíritu Santo», fue constituido «Hijo de Dios, con pleno

poder por su resurrección de la muerte». Ambas afirmaciones son parte del Evangelio, esto significa que Jesús se encuentra firmemente arraigado en el pueblo de Israel, y que su resurrección es el triunfo de Dios.

La tarea de Pablo y de los apóstoles es

hacer que la gente de todos los pueblos «respondan a la fe», es decir, que escuche aquella llamada que nos lleva a acoger el nombre de Jesús, que es salvación de Dios. Todos los que creemos es porque hemos escuchado la llamada de Jesucristo.

3lectura: Mateo 1,18-24

Jesús nacerá de María, desposada con José, hijo de David.

Este fragmento del evangelio según Mateo narra las circunstancias alrededor de la concepción de Jesús, y del nombre puesto a este niño tan especial. Todo nos llevará a identificar quién es y qué hará.

La concepción de Jesús es descrita desde la perspectiva de José, este hombre justo que una y otra vez obedece el consejo del mensajero de Dios. El texto no nos dice nada de la conversación de María con José cuando ella descubrió que estaba encinta, sino que nos informa que José había decidido solucionar el asunto de una manera discreta y honorable para él; pero, en un sueño, es informado de que el niño no es consecuencia de ninguna actividad humana, sino del Espíritu Santo.

El evangelio no es ninguna crónica social sino una revelación a los creyentes, que nos hace saber que la concepción es obra de Dios. Jesús es el producto de un acto radicalmente nuevo e inaudito de Dios. En la larga lista de nacimientos anteriores a Jesús, que Mateo ha escrito justo antes de esta narración, no hay nadie que haya nacido de esta manera. Esto significa que Jesús no es uno más de los personajes de esta larga historia

humana. Desde su misma concepción este niño es único. La narración del evangelio nos informará de que él actúa de manera completamente diferente –como agente del Espíritu de Dios– y de la forma cómo él manifiesta el poder de Dios.

En segundo lugar, el acento en la virginidad de María vincula la concepción y el nacimiento de Jesús con el texto de la antigua traducción griega de Isaías 7,14, en la que se habla de una muchacha virgen que tendrá un hijo. Mateo quiere dejar claro que ni José ni ningún otro hombre es el padre biológico de Jesús. La narración de la concepción virginal indica el inicio de la realización de los propósitos salvíficos de Dios. La señal de Acáz es finalmente revelada, aunque de una manera que nadie hubiere podido soñar jamás.

José, como padre legal, ha de poner un nombre al niño: «Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados», y un título: «Emmanuel, Dios-con-nosotros». Allí donde aparece el nombre de Jesús, ahí está la certeza del perdón divino y de la presencia de Dios por siempre.

JOAN FERRER

Navidad - Misa del día

1 lectura: Isaías 52,7-10

Verán los confines de la tierra la victoria de nuestro Dios.

El poeta-profeta anuncia en este pasaje el evangelio a los exiliados. Hay un *mensajero* que cruza corriendo el desierto con la primera noticia del resultado de la batalla entre el Señor y los poderes del imperio. El mensajero lleva el evangelio «la buena Nueva, que pregona la victoria», esto quiere decir que «tu Dios es rey». Este hecho significará, para la ciudad de Sión, Jerusalén, una vida nueva.

El *vigía*, en los muros de una Jerusalén destruida, vigila y grita lo que ve. Ya por la manera de correr entiende que lleva buenas noticias. Los vigías descubren que, en realidad, lo que ven es el retorno glorioso del Señor. Gritan de ale-

gría porque el exilio, al que el imperio babilónico había sometido a los judíos, ha acabado. Por esto los vigías invitan a cantar de alegría porque el Señor «consuela» a su pueblo. Esto no significa una actitud resignada, sino una intervención activa, que cambia las circunstancias de la comunidad. El Señor ha *redimido* a Jerusalén, aquella ciudad y pueblo que son el objeto privilegiado de su amor; podrá vivir su vida con libertad. Al ver la fuerza de su poder («su brazo santo»), los imperios cambiarán sus políticas deshumanizadoras. «Nuestro Dios» es un Dios que libera y *salva*. Saber de él es, sin ninguna clase de duda, una buena noticia para todos los desheredados de la tierra.

2 lectura: Hebreos 1,1-6

Dios nos ha hablado por el Hijo.

El inicio formidable de la carta a los cristianos Hebreos anuncia los grandes temas de la obra: Cristo es el Hijo de Dios exaltado y su sacrificio ha expiado los pecados. Jesús contrasta con todos los que han hablado anteriormente en nombre de Dios –los profetas– y con los ángeles, mensajeros de Dios en la historia de la revelación. Hay que notar, sin embargo, que es el mismo Dios quien ha hablado y que la historia anterior nunca es menospreciada ni negada.

Cristo es el heredero de todas las cosas, y por él Dios ya había creado el mun-

do. Jesús se encuentra al principio y al fin de la historia cósmica: todo tiene su origen y su fin en Cristo.

Jesús es la «impronta» exacta de la naturaleza de Dios: él es en todo como Dios y, a la vez, es quien se ha sacrificado a sí mismo en favor de todos los otros seres humanos.

A continuación, la lectura introduce el motivo de la superioridad de Jesús respecto a los ángeles, y lo demuestra aportando citas de las Sagradas Escrituras, que sirven para demostrar que

Jesús es, realmente, el Hijo de Dios y que es superior a los ángeles, que re-

ciben el encargo de adorar al Hijo de Dios.

3lectura: Juan 1,1-18

La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros.

El prólogo del evangelio según Juan es un texto fundamental del pensamiento del Nuevo Testamento. Afirma, en un lenguaje muy cuidado, la preexistencia de la Palabra, que es identificada con Dios, aunque es distinta de Dios. La Palabra es el agente de la creación y se encarna en Jesús de Nazaret.

La cuestión, de buen plantear, es: ¿cómo el prólogo de Juan interpreta el misterio de Navidad?, ¿qué podemos aprender, de este texto, sobre el nacimiento del niño de Belén, y qué significado tiene este nacimiento en la vida humana?

Lo primero que aprendemos en esta lectura es que, en Jesús, nos encontramos con la propia *revelación* de Dios. La Palabra, por encima de todo, es objeto de comunicación. En Jesús, la Palabra, identificada con Dios desde el principio, ha tomado forma humana y la Navidad es la historia del nacimiento de la autocomunicación de Dios al mundo.

La Navidad nos hace presente la inmensa distancia que hay entre Dios y nosotros, y nos enseña que solo podemos conocer a Dios cuando él se nos quiere

dar en un acto gratuito, inesperado e inmerecido de revelación de sí mismo. La Navidad es, por tanto, la celebración jubilosa de la decisión de Dios de devenir humano en el niño de Belén.

La segunda cosa que nos manifiesta el prólogo de Juan es que la Palabra ha venido al mundo, que era suyo, porque lo había creado, pero que ha sido rechazada. Juan nos dice que la fe no se fundamenta en evidencias que el mundo pueda reconocer. La persona que se nos presenta en el evangelio, presaante el gobernador romano y abandonada, es aquella en quien encontramos al Creador del cielo y la tierra.

Pero el rechazo no es toda la historia: hubo personas que confiaron en Jesús y que, por un acto recreador de Dios, sintieron que habían devenido hijos de Dios. Eran un conjunto de personas bien extraño: una mujer samaritana, un oficial romano sin nombre, un hombre nacido ciego... Son algunas de las personas, como nosotros mismos, llamados a ser la comunidad nacida y alimentada por la revelación de Dios en Jesús, que celebramos por Navidad.

JOAN FERRER

Sagrada Familia / A

1 lectura: **Eclesiástico 3,2-6,12-14**

El que teme al Señor honra a sus padres.

Jesús, hijo de Sira, es un sabio y maestro de sabiduría de Jerusalén, que vivió hacia el año 180 aC. En su libro nos presenta un conjunto de meditaciones sobre diversos aspectos de la vida con la finalidad de que aprendamos a vivir según aquella sensatez que agrada a Dios y que nos permite vivir una vida buena. Esto solo es posible si entendemos que la vida es don, y que nos hacemos verdaderamente dignos del don si lo hacemos don para los demás. Por esto el sabio nos ofrece estos consejos de piedad para con los padres,

especialmente cuando han envejecido y se han vuelto desvalidos. Quien manifiesta amor para con los padres está haciendo un acto de expiación por los propios pecados. Dios acoge la atención ofrecida a los padres débiles como un acto de amor que le es especialmente agradable. El sabio de la Biblia nos ofrece una lección de humanidad y de solidaridad, que tiene especial sentido porque esto place a Dios. En la familia –como la de Jesús, María y José– radica una grandeza que nos permite caminar en la vía de la perfección.

2 lectura: **Colosenses 3,12-21**

La vida de familia vivida en el Señor.

Este fragmento de la carta a los cristianos colosenses –una ciudad de la actual Turquía– nos ofrece una exhortación que nos presenta algunas de las exigencias de la condición cristiana: compasión, bondad, humildad, serenidad, paciencia y capacidad de perdón. La culminación, sin embargo, de todas estas virtudes es el amor, que corona la vida cristiana. El apóstol presenta un deseo para los lectores de su carta: la paz de Cristo ha de presidir la Iglesia, que es la comunidad de los que han sido llamados a formar «un solo cuerpo». Estas virtudes solo podrán arraigar en la vida de cada persona cristiana si la vida se configura de acuerdo con la palabra de Cristo, que contiene la sa-

biduría revelada por Dios. Pablo manifiesta la necesidad de que los creyentes nos instruyamos unos a otros y de que manifestemos nuestro agradecimiento a Dios «con salmos, himnos y cánticos inspirados». Es el testimonio de la oración comunitaria que mana de los corazones agradecidos a Dios por el don que nos ha hecho en Jesús. La vida cristiana tiene una dimensión litúrgica fundamental.

El final del fragmento, que ha presentado el ideal de la vida cristiana en conjunto, pasa ahora a ofrecer unos consejos esquemáticos de sabiduría para la vida familiar. El apóstol recomienda a las esposas un respeto «cristiano»

para con los maridos; a los esposos los exhorta a «amar» a la esposa con dulzura. Todo en la vida familiar ha de ser imagen del amor de Cristo, el Señor. Los hijos han de obedecer en todo a sus padres. La obediencia ha de ser a imagen de Jesús, que obedeció a Ma-

ría y José y que, sobre todo, hizo en cada momento la voluntad de su Padre del cielo. Los padres han de actuar con prudencia cristiana con los hijos, movidos siempre por el amor, norma suprema de comportamiento, a imagen de Jesús.

3lectura: Mateo 2,13-15.19-23 Coge al niño y a su madre y huye a Egipto.

El evangelio nos presenta a Herodes como un adversario tenaz –y fracasado– de los propósitos de Dios. José es advertido en un sueño para que huya a Egipto. Todos los lectores recordamos la estancia del patriarca José, hijo de Jacob, en Egipto. Este país fue primero una casa segura, pero después se convirtió en un lugar de esclavitud para el pueblo de Israel. De allí Dios lo llamó. Jesús niño revive la historia del pueblo de Dios en su persona. Toda la historia anterior ha sido una promesa que ahora, en la vida del niño de Belén, será cumplimiento.

En el evangelio según Mateo, el mensajero –el ángel– del Señor es quien dirige los viajes de la Sagrada Familia. Un nuevo mensaje comunicado en un sueño indica a José que han de volver a Israel. La violencia de Arquelao, sucesor de Herodes, hace que el niño y sus padres vayan a Nazaret de Galilea.

Nazaret no aparece nunca en el Antiguo Testamento. Galilea es el país de

los gentiles, esto es, de los que no son judíos. Es el primer indicio del hecho de que el ministerio de Jesús estará orientado a todos los pueblos. Este fragmento del evangelio nos ha hecho hacer un viaje ideal de Belén a Egipto, de ahí hemos vuelto a Israel y la acción se ha centrado finalmente en Nazaret de Galilea. El destino de Israel se concreta en Jesús. El evangelista nos describe cómo Jesús puede ser pensado como hijo de David, que es objeto, en esta historia, de persecución y huida y, a la vez, de protección divina. El ángel de Dios da tres veces instrucciones a José y le indica cuál ha de ser el destino de los viajes.

Jesús es un rey que nace en un establo y sufre la persecución de un rey de otra clase, Herodes. Un rey como este no puede permitir una presencia como la de Jesús, por esto lo perseguirá con violencia. Jesús representa una amenaza real: él es el rey verdadero de Israel, que actúa y es protegido por la autoridad del mismo Dios.

JOAN FERRER

Santa María, Madre de Dios

1 lectura: Números 6,22-27

Invocarán mi nombre sobre los israelitas, y yo los bendeciré.

Este fragmento de libro de los Números nos presenta la bendición que los sacerdotes de Israel –Aarón y sus hijos–, por indicación de Dios mismo a su siervo Moisés, habrán de pronunciar sobre el pueblo de Israel. La bendición tiene como finalidad producir un bienestar, que es obra de Dios, y que actuará por la mediación del nombre del Señor. El *nombre* en el pensamiento de la Biblia es una expresión de la misma persona que lo lleva. Conocer el nombre comporta en cierto sentido poseer una especie de poder sobre la persona. El nombre de Dios es tan poderoso porque evoca las intervenciones salvadoras que ha tenido a lo largo de la historia del pueblo que él mismo se ha escogido. Dios, en un acto de donación casi

impensable en el mundo antiguo, ha querido dar a conocer su nombre a Israel, para que le sirva de protección y fuente de vida.

En una historia que siempre es imprevisible, llena de esperanzas y de incógnitas, los creyentes son puestos bajo la sombra de la bendición divina, que siempre es eficaz y que no conoce obstáculos ni frustraciones.

La *mirada* del Señor, simbolizada por la luz, guía el itinerario de Israel, que se hará merecedor del gran don mesiánico de la *paz*. Los creyentes sabemos que contamos siempre con el nombre del Señor que nos guarda en toda situación.

2 lectura: Gálatas 4,4-7

Envío Dios a su Hijo, nacido de una mujer.

Pablo, en este fragmento de su Carta a los cristianos de Galacia –una región de la zona central de la actual Turquía– evoca el momento de la plenitud de los tiempos cuando «envió Dios a su Hijo», que es hombre entre los hombres, porque nació de una mujer, como todos. La Iglesia quiere celebrar este hecho, por esto la fiesta de hoy es la celebración de la Madre de Dios, la que da al mundo a Jesús. Y es el Espíritu de Jesús el que nos permite pronunciar aquel nombre que nos hace hijos –«¡Abba,

Padre!»– porque solo los hijos pueden decir «Padre».

El nombre de Dios en Israel era considerado tan sagrado que nunca se pronunciaba; en la Iglesia, por el don del Espíritu, hemos aprendido a llamar a Dios con el nombre de máxima confianza, aquel con que los niños se dirigen al Padre. Desde que Jesús, el Hijo de Dios, ha devenido nuestro hermano, nuestra relación con Dios es la de la intimidad y la del amor.

3lectura: Lc 2,16-21

Encontraron a María y a José, y al niño. Le pusieron por nombre Jesús.

El evangelista Lucas nos presenta el nacimiento de Jesús en un contexto muy diferente al que narra Mateo. Aquí aparecen unos pastores sin nombre que se dirigen a Belén, siguiendo las indicaciones de unos ángeles mensajeros de Dios.

Los pastores nos recuerdan a David, el gran rey de Israel, que había sido pastor. Estos dejan sus tareas con los rebaños y se van a Belén. Allí encuentran al niño con María y José. Y se convierten en sus evangelistas –portadores de buenas nuevas–, que cuentan lo que les habían dicho del niño los ángeles. El evangelio no dice a quién contaron lo que habían escuchado: ¿quizá a María y a José? ¿Quizá las palabras de estos hombres humildes les sirvieron para profundizar en el significado de este niño nacido de manera tan inusual? Notemos que este niño prodigioso, anunciado por los ángeles, tiene por cuna un pesebre. Esto es solo el principio de la manera absolutamente inesperada que tendrá Dios de ejercer su reinado. Dios no actúa de manera espectacular y utilizando la coerción, sino en la humildad más completa. Jesús lleva a cumplimiento esta manera de ser de Dios.

María, la humilde favorecida por Dios, tiene una actitud de contemplación ante el misterio del cual ella misma forma parte. Todo lo que pertenece al

plan de Dios ha de ser ahondado en la meditación. El misterio es para ser contemplado, no comprendido ni explicado.

Los pastores vuelven al trabajo, aunque a partir de ahora todo será nuevo: la alabanza y la glorificación de Dios serán el nuevo centro de la novedad absoluta de Dios que les ha sido revelada. Las noches de vela al raso vigilando los rebaños ya nunca volverán a ser lo mismo.

Jesús es circundado, como todos los niños nacidos en Israel. La circuncisión es una señal viva en la propia carne, que hace que los niños pasen a formar parte de la larga historia de la salvación que culminará en Jesús. El nombre que le pondrán no ha sido una elección de los padres, sino un encargo del mensajero divino. Jesús significa «El Señor salva». Su nombre es su misión. Su nombre ahora formará parte de nuestra historia y expresión viva de una presencia divina mucho más alta que la que prometía la bendición de los sacerdotes de Israel.

María, la madre de este niño que es igual y a la vez bien diferente del resto de los hombres, ofrece a la humanidad este nombre, que es el don y la bendición definitiva de Dios.

JOAN FERRER

D. 2 después de Navidad /A

1 lectura: **Eclesiástico 24,1-2.8-12**

La sabiduría de Dios habitó en el pueblo escogido.

La liturgia de este domingo nos ofrece nuevos textos que nos permiten reflexionar sobre el misterio de la «Pascua de Navidad», que es el de la encarnación: el Verbo de Dios se manifiesta personalmente en Jesús de Nazaret, el niño nacido en Belén.

El fragmento del libro de la Sabiduría, de Jesús hijo de Sira, nos habla de la encarnación de la Sabiduría divina. El sabio del Antiguo Testamento no conoce lo que acontecerá en Cristo, pero habla del encuentro que se establece entre el misterio de Dios a través de su Sabiduría y la creación. La Sabiduría es una cualidad divina: es el proyecto que Dios ha concebido en su mente, que es un plan de creación y de salvación.

En este fragmento, la Sabiduría pronuncia un autoelogio ante el pueblo de Dios. Ella pertenece a la trascendencia y a la perfección de Dios, mas Dios la ha enviado al interior del mundo creado, con un destino preciso: «Habita en Jacob, sea Israel tu heredad». El evangelio según Juan retoma esta convicción cuando dice que: «Y la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros».

La Sabiduría, pues, siguiendo el mandato divino, se estableció en una tierra, «en la ciudad escogida», Jerusalén. El sabio hijo de Sira nos enseña que la Sabiduría de la mente divina es comunicada a un pueblo de la historia a fin de que se establezca un vínculo profundo –«eché raíces entre un pueblo glorioso»–, que ha de ser signo de salvación.

2 lectura: **Efesios 3,1-6.15-18**

Nos ha destinado en la persona de Cristo a ser sus hijos.

Pablo generalmente encabeza sus cartas con una expresión de acción de gracias por la obra de Dios en la comunidad a la que se dirige. El apóstol aquí nos enseña que Dios ha de ser bendecido por la bendición que él mismo ha otorgado. Llega al extremo de alabar por «toda clase de bienes espirituales y celestiales». La bondad de Dios alcanza todas las formas imaginables.

Dios ha elegido a los creyentes «antes de crear el mundo»; es decir, es im-

posible pensar un tiempo en que Dios no nos hubiera elegido. Esta elección «en él» –Jesús– crea un pueblo «santo e irreprochable ante él». De esto resulta «que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya». Ante la elección de Dios en favor de la humanidad; ante la revelación de Dios en su Hijo, Jesucristo; ante su gracia, la única respuesta apropiada es la alabanza.

Pablo pondera la fe de los efesios en Jesús, el Señor, y el amor para con todos los fieles. Su actitud es de agradecimiento hacia Dios, y la petición de que Dios nos conceda «espíritu de sabiduría y revelación para conocerlo».

Este fragmento de la carta del apóstol nos exhorta a dar siempre y en toda ocasión gracias y alabanza a Dios, porque se lo debemos todo, y porque esto es fundamental en nuestra existencia como criaturas de Dios.

3lectura: Juan 1,1-18

La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros.

Jesús es la revelación de Dios: su misma Palabra comunicada a la humanidad. En este contexto navideño, el evangelio nos invita a meditar sobre la decisión de Dios de devenir humano.

«Luz» y «gloria» son términos asociados con la Palabra, y «en la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres». La Palabra da vida. Esta Luz que viene de Dios ilumina toda la experiencia humana. La oscuridad nunca ha podido vencer a la luz.

Juan solo reflejaba la Luz verdadera. Él marca el paso de la Luz anterior a la encarnación al advenimiento histórico de la Luz en Jesús. Él «ilumina» a todos los hombres. A lo largo de todo el evangelio según Juan, Jesús afirmará que es la luz del mundo. Sin él solo se puede ir a tientas. El prólogo de Juan nos dice que todas las personas, sean o no creyentes, vivimos en un mundo iluminado por la Luz, de la misma manera que todo vive en un mundo creado por la Palabra. La llamada que recibimos es para confiar en la Luz, a caminar en ella

y ser «hijos de la luz» (Jn 12,36).

En el evangelio vemos una poderosa oposición de las tinieblas a la misión de Jesús. Las tinieblas llegarán incluso hasta hacer morir a Jesús en la cruz, pero no podrán vencer a la fuerza de la Luz.

El último fragmento del evangelio de hoy constata lo que ya decía el libro del Éxodo: «A Dios nadie lo ha visto jamás». Moisés solo pudo ver el «esquema» de Dios, ahora, de manera absolutamente inesperada, Dios es visto en el «Hijo único».

La visión de la gloria divina ha sido posible porque «la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros». La afirmación es una referencia a la presencia de Dios en medio de su pueblo, peregrino en el desierto hacia la Tierra Prometida. En la humanidad de Jesús, la comunidad cristiana ha contemplado la verdadera gloria divina que Moisés anhelaba poder ver.

JOAN FERRER

Epifanía del Señor

1 lectura: Isaías 60,1-6 La gloria del Señor amanece sobre ti.

Israel, a lo largo de la historia, ha pasado por profundos períodos de oscuridad (el exilio a Babilonia, por ejemplo). Ahora llega la época de la luz. Esta luz no proviene de sí mismo, sino que es un don de Dios.

El profeta presenta la venida poderosa del Señor como la venida de la luz. Esta luz es gloria –su presencia fuerte y densa– que brilla en medio del mundo. Israel mismo deviene signo de la presencia de dios. La profecía que hoy leemos nos convierte en testimonios del movimiento de Israel de la oscuridad a la luz; de la desesperación a la esperanza; de la consternación al bienestar.

Israel recibe un imperativo. «Levántate» que, de hecho, es una invitación. No es una nueva carga sino una buena nueva: lo invita a volver a la tierra de donde proviene. A partir de ahora, a causa del don de la presencia del Señor, Jerusalén ejercerá una especie de mag-

netismo sobre las naciones. Se está produciendo algo nuevo que Israel no podía esperar ni creer: una procesión interminable de pueblos de todo el mundo que se dirigen a Jerusalén.

La luz del Señor pone fin al exilio. El poeta-profeta imagina un mundo en que los olvidados –los hijos e hijas de Jerusalén– ahora vuelven a su casa, a su pueblo. Israel, a lo largo de su historia, había sido siempre un pueblo de segunda categoría en medio de vecinos poderosos y ricos. Ahora las cosas han cambiado: las riquezas exóticas de las naciones, que antes no podían ni soñar, ahora son regaladas al pueblo de Dios, porque es el lugar de la luz que brilla sobre el mundo. Hay que notar, sin embargo, que la riqueza de las naciones es llevada a Jerusalén para adorar al Señor, para proclamar «las alabanzas del Señor».

2 lectura: Efesios 3,2-3a.5-6 También los gentiles son coherederos de la promesa.

Pablo ha dicho a los efesios que ha recibido de parte de Dios la misión de comunicarles su gracia, es decir, su benevolencia. Por una revelación –un don gratuito e inesperado de Dios– el apóstol ha conocido «el misterio», que ahora da a conocer a los cristianos de la comunidad de Éfeso. Se trata de una

realidad secreta que solo ahora, en el tiempo presente, ha sido revelada. Las generaciones de antes no pueden ser criticadas porque ellas no lo podían saber. Este misterio es que «también los gentiles son coherederos, miembros del mismo cuerpo y partícipes de la promesa en Jesucristo».

Este misterio tiene una importancia fundamental: es Evangelio. Los pueblos paganos ahora han pasado a formar parte de la herencia que Dios ha con-

cedido a la humanidad por Jesucristo. Ahora, judíos y gentiles forman un mismo cuerpo.

3lectura: **Mateo 2,1-12** Venimos de Oriente a adorar al Rey.

La historia de los magos, que aparece en el evangelio de Mateo, justo al lado de la narración de la Navidad, indica que el Evangelio traspasa las fronteras judías y que tiene una dimensión universal.

El término «magos» sugiere que estos hombres eran sabios sacerdotes de Persia, expertos en astrología y en la interpretación de los sueños. Se caracterizan por su sincera y persistente búsqueda del niño que ha nacido como «rey de los judíos». Actúan de manera muy ingenua, ya que no dudan en presentarse a Herodes para preguntarle sobre el rey rival. Los sabios y escribas al servicio de Herodes acaban revelando, de manera bien irónica, que el niño buscado ha nacido en Belén.

En el viaje, los magos son conducidos claramente por Dios: una estrella de Oriente y el texto de Miqueas los guían hacia su objetivo. Cuando han de dejar Belén un sueño les indica que deben tomar otra ruta a fin de evitar volver a encontrarse con Herodes.

La estancia de los magos en Belén está marcada por la gran alegría, la adoración del niño y el ofrecimiento de regalos. Se trata de presentes caros, propios de la realeza.

El texto no nos da indicios sobre los motivos que movieron a los magos, simplemente nos dice que adoraron al rey de Israel, un niño con su madre. Estos magos solo cumplen las sagradas Escrituras –Isaías y los salmos, como el que proclamamos hoy en la liturgia–. La venida de los no-judíos a Belén forma parte del plan divino, de las promesas anunciadas desde tiempos antiguos. De alguna manera son un anticipo de la promesa hecha por Jesús resucitado a los apóstoles de hacer discípulos de todas las naciones.

Los magos representan a los no-judíos que adoran a Jesús; y Herodes representa a los poderes imperiales que conspiran y amenazan, aunque finalmente son burlados por el rey Jesús.

Jesús, en toda la narración ni hace ni dice nada, pero él es el protagonista. Todo gira alrededor de la afirmación de que Jesús es el rey de Israel. El texto de Miqueas dice que «será el pastor» de su pueblo, con amor, contrariamente al poder feroz del imperio.

La salvación viene a través de Jesús, el rey de los judíos, que cumple los sueños de los profetas y llega a personas de todas las naciones que se han dejado guiar hacia él.

Bautismo del Señor / A

1 lectura: Isaías 42,1-4.6-7 Mirad a mi siervo, a quien prefiero.

Este texto es el anuncio de Dios a los exiliados de Israel: Dios ha decidido hacer cosas nuevas, inauditas. A través del Siervo se realizará esta novedad de Dios.

La profecía empieza anunciando al Siervo, aunque este queda sin identificar. La Iglesia, en el contexto de la liturgia de este domingo, nos invita a identificarlo con Jesús, que ha cumplido la misión de llevar el evangelio del Reino al mundo.

El Siervo ha recibido el soplo del Espíritu de Dios, que le ha otorgado el poder de hacer lo que el mundo ve como imposible: «implantar el derecho –o la justicia– en la tierra». Lo que significa hacer posible un mundo de relaciones sociales que favorezcan la vida, la confianza, la equidad. Esto es altamente conflictivo porque los poderes del mundo no lo quieren. El Siervo, sin embargo, no actúa con violencia: la justicia de Dios es llevada con gentileza, aunque sin desfallecer ni vacilar. El Siervo manifiesta respeto por las personas débiles, frágiles o que se encuentran en peligro. Su manera de llevar la justicia sigue el camino

de la justicia: los medios están al servicio del fin perseguido.

En la segunda parte de la profecía escuchamos la voz de Dios dirigida al Siervo: quien ha enviado al Siervo es el mismo que ha enviado el Espíritu sobre la creación. Es el poder de Dios sobre la creación el que ahora actúa en la misión del Siervo.

Este Siervo tiene como destino servir la voluntad de Dios, la que tendría que haber prevalecido desde toda la eternidad. Que la sociedad sea reorientada contra la esclavitud, la opresión y la discapacidad. Dios ahora confiere el poder por realizar esta transformación. El Creador quiere que la creación sea rehabilitada en plenitud.

El texto deja bien claro que este trabajo concreto e histórico es la obra de Dios: «Yo, el Señor» es el actor de esta obra soberana y transformadora del mundo. La esperanza y el trabajo concreto de hacer activa la justicia está movida por la soberanía trascendente de Dios, que quiere la vida en medio de esta historia de oscuridad y muerte.

2 lectura: Hechos 10,34-38 Ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo.

El fragmento del sermón de Pedro que proclamamos forma parte del contexto de la conversión de Cornelio. Las pruebas que ha recibido Pedro del hecho de que Dios ha aceptado al pagano Corne-

lio dentro de su Iglesia son abrumadoras, de manera que en su parlamento proclama la imparcialidad de Dios: «acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea».

En la segunda parte de la lectura Pedro proclama el kerigma –el anuncio fundamental de la salvación que Dios ha realizado en Jesús– que comienza en una historia y geografía muy concretas: Galilea y todo el país de los judíos, en el

contexto de la predicación de Juan Bautista. Dios ungió a Jesús «con la fuerza del Espíritu Santo». Jesús actúa como el agente de Dios que devuelve la salud. La humanidad es recreada.

3lectura: Mateo 3,13-17

Apenas se bautizó Jesús, vio que el Espíritu de Dios se posaba sobre él.

Juan es un personaje sorprendente. En los versículos inmediatamente anteriores a los que proclamamos hoy, los fariseos y los saduceos son rechazados por el Bautista. Ellos, con presunción, decían que eran hijos de Abrahán, pero ignoraban las responsabilidades que comporta esta herencia. Juan les pide que den los frutos que pide la conversión. El Bautista, en principio, también se niega a bautizar a Jesús, aunque no movido por un respeto temeroso: percibe que Jesús es el «más fuerte» y que es él, el Bautista, quien necesita ser bautizado.

Jesús le responde diciendo «Está bien que cumplamos así todo lo que Dios quiere». En el original griego leemos «cumplir toda justicia». Con estas palabras enigmáticas Mateo dice que hay un requerimiento divino para el Hijo y para los que lo seguimos. Las palabras de Jesús de alguna manera nos iluminan todo su camino, desde Galilea hasta Jerusalén, como Hijo obediente que lleva a cabo el plan del Padre. Él no solo enseña sino que cumple la voluntad divina y, haciéndolo, es modelo para todos sus seguidores.

El evangelio de hoy presenta un estrecho vínculo con la lectura de Isaías sobre

el Siervo. Este recibe el Espíritu para llevar el derecho-justicia a las naciones. El bautismo de Jesús inicia esta tarea del Hijo escogido de Dios. La voluntad divina que Jesús lleva a término tiene una dimensión específicamente moral: él inaugura un Reino donde los hambrientos son saciados, donde se da de beber a los sedientos, donde se viste a los desnudos...

En la última parte del fragmento del evangelio que proclamamos se nos anuncia que el Espíritu desciende sobre Jesús, y que una voz revela quién es Jesús. Las palabras finales son una referencia al salmo 2. La narración ha unido la evocación del Siervo de Dios con la del rey-hijo de Dios. El rey-mesías ha de hacer entrar en una era de justicia y de paz; el Siervo sufriente, a pesar del rechazo, trabaja para realizar el mandato de establecer la justicia sobre la tierra. La voz del cielo anuncia a Jesús como el Hijo que sirve; como el rey majestuoso que sirve dócilmente; como la figura real que no busca vencer a los enemigos sino asegurar que la justicia pueda prevalecer.

JOAN FERRER